

## FRAY ANDRES DE OLMOS EN LA «RELACION» DE ALONSO DE ZORITA (1)

Todos sabemos, por la lectura de Mendieta, que fray Andrés de Olmos escribió por encargo del presidente de la segunda audiencia —don Sebastián Ramírez de Fuenleal— y del custodio franciscano en la Nueva España —fray Martín de Valencia— una obra muy copiosa (otra fuente nos dice que la formaban cuatro libros) sobre las antigüedades de los indios, obra que tuvo tal importancia dentro de la historiografía franciscana que el propio Mendieta no vacila en llamarla «fuente de donde todos los arroyos que de esta materia han tratado emanaban» (2). Por desgracia, también sabemos que a pesar de haberse sacado tres o cuatro copias del trabajo, éstas se enviaron —lo mismo que el original— a España, donde al poco tiempo parecen haberse perdido sin remedio. De modo que el pobre fray Andrés tuvo que rehacer de memoria su obra, aunque resumiéndola y ayudándose de sus apuntes escribió una *Suma*, hoy también irremisiblemente perdida.

Sin embargo, cuando menos tres contemporáneos suyos pudieron hacer uso de este resumen. El primero fue fray Jerónimo de Mendieta —cuyo testimonio he venido siguiendo— que la utilizó para redactar el segundo libro de su *Historia eclesiástica indiana* «que trata de los ritos y costumbres de los indios de la

---

(1) Este trabajo es un resultado secundario del Seminario de Historiografía Mexicana que dirige el doctor Edmundo O'Gorman en el que se prepara la edición completa de la *Relación* de Alonso de ZORITA. Debo pues, a la gentileza del doctor O'Gorman el acceso a esta obra parcialmente inédita. Por lo demás, no se trata más que de un primer paso a un trabajo mayor que vendrá a ser la reconstrucción de la *Suma* de fray Andrés de Olmos a partir de los textos conservados por su contemporáneos y que éstos le atribuyen explícitamente. Ya Georges BAUDOT en su *Utopie et histoire au Mexique*. Toulouse, Privat ed., 1977, págs. 180-2, presenta el esquema de lo que, a su juicio debió ser el contenido de la *Suma*. Pero como su obra va dirigida al público francés, se limita muy naturalmente a enumerar y ordenar las menciones que Mendieta, Zorita y Torquemada hacen de Olmos. Lo que yo intento hacer es recopilar los párrafos mismos a fin de entrar al lector un texto corrido que refleje la obra perdida.

(2) Fray Jerónimo de MENDIETA, *Historia eclesiástica indiana*, México. Ed. Porrúa. 1971. «Prólogo» al libro segundo págs. 75-76.

Nueva España en su infidelidad». En segundo lugar, fray Juan de Torquemada, quien dice en varias ocasiones que ha tomado sus noticias «de un escrito escrito de mano» del padre Olmos y dado que —como ha probado Georges Baudot en su *Utopie et histoire au Mèxique* (3)— dichas citas no corresponden siempre a sus transcripciones de Mendieta, parece evidente que manejó el manuscrito de la *Suma*. Y, por último, Alonso de Zorita —oidor de la audiencia de México de 1555 a 1566— quien asienta en su *Relación de algunas de las cosas notables que hay en la Nueva España* poco más o menos la misma historia que Mendieta. Zorita —que parece correr justas con Torquemada en cuanto a erudición y a acopio de autores se refiere— ofrece a sus lectores un «Catálogo de los autores que han escrito historias de Indias o tratado algo de ellas» y en el dice:

...y sobre esto mismo (es decir, los usos y costumbres indígenas) escribió otro libro fray Andrés de Olmos (de la orden de San Francisco) y no lo pude haber porque lo había enviado a España y no le quedó traslado de él; (pero) después, a ruego de algunas personas, escribió una breve relación de lo que se pudo acordar y parte de ella, aunque muy poco, hube yo (4).

Es evidente, en consecuencia que, como fuente para el conocimiento de la obra de Olmos, el libro de Zorita es muy limitado. Su interés estriba en ser un texto parcialmente inédito y en la claridad y nitidez con la que cita a Olmos, lo mismo que a todos los demás autores que utiliza.

Es también evidente, por la lectura de los textos de Olmos que se encuentran en estos tres cronistas, que su obra no es una crónica provincial, sino que —lo mismo que la de Sahagún— responde al deseo de conocer «lo malo y fuera de tino» de los indígenas y «los errores y cegueras de su vana religión» para mejor refutarlos. Y también para tomar nota de lo bueno que en ellos pudiese haber. En este sentido, su propósito resume a la perfección la obra de evangelización tal como la entendían los franciscanos: destrucción total de los errores religiosos de los

(3) BAUDOT, [1] págs. 173-4.

(4) ALONSO DE ZORITA, *Relación de algunas de las cosas notables que hay en la Nueva España...* en 4 partes. Sólo la primera ha sido editada con el título de *Historia de la Nueva España*, por Manuel Serrano y Sanz, Madrid. Librería General de Victoriano Suárez, 1909. Como lo he manejado es una copia del ms. núm. 59 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, cito siempre sólo la parte y el capítulo correspondientes; en este caso, el «Catálogo de los autores...» que se encuentra al principio de esta obra.

naturales y salvaguarda y aun fomento de todos los valores culturales independientes.

El texto de Zorita confirma lo dicho por las otras dos fuentes en cuanto a los métodos empleados por Olmos, es decir, uso de los viejos principales como informantes y de las pinturas que «en su tiempo estaban vivas y enteras» (5), si bien añade un dato que comprueba la precisión con la que los indios eran capaces de leer los códices, ya que el padre Olmos hizo que «algunos indios sacaran en su lengua mexicana lo que tenían por memoria en pinturas escritas en figuras y caracteres» y, haciéndolo «cada uno por sí... todos conformaron en la traducción» y entonces él lo tradujo al castellano, «sin añadir ni quitar cosa alguna de la sustancia que contenían» (6). Lo que el fraile obtuvo de esta manera es un largo huehuetlatolli al que habría que añadir, quizá todos los contenidos en el cap. 13 de la segunda parte, aunque en este último caso Zorita no menciona su fuente.

Por lo que respecta a las noticias que el oidor tomó del resumen hecho por Olmos, se dividen claramente en tres géneros:

Primero: Datos sobre la historia precortesiana, acompañados y basados en ocasiones en explicaciones etimológicas.

En Segundo lugar, datos sobre la religión, desde la mitología y su posible origen, hasta el culto, los sacerdotes, los sacrificios y la manera de construir los templos, a lo que se añadiría una nota sobre el escepticismo de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli.

Por último, algunos datos sobre los usos y costumbres de los mexica: manera de impartir la justicia, la esclavitud y el matrimonio.

Como se ve, el material es escaso y necesita completarse con lo que se encuentra en otras crónicas, si bien permite formarnos una idea general de la obra de fray Andrés.

## 1. *Historia*

De acuerdo con estos datos, la tierra estuvo poblada en un principio por «hombres barbudos y muy altos», muy diferentes a los naturales contemporáneos de Olmos, quien afirma, por lo

(5) *Ibidem*, I, 3.

(6) *Ibidem*, II, 4.

demás, haber visto «ciertos huesos del pie, de un palmo de alto» que considera muy naturalmente restos de aquellos gigantes» (7).

Pero desaparecida esta raza —sin que nos diga cómo ni cuándo— llegaron nuevos pobladores, éstos sí antepasados de los indígenas conocidos. Olmos, al inquirir noticias sobre el origen de los indios, encontró informantes que le aseguraron haber oído decir «que habían pasado un brazo de mar» y —cosa rara en él— esto le lleva a proponer la siguiente hipótesis:

...parece que en uno de tres tiempos y de una de tres partes vinieron aquellas gentes: o de tierra de Babilonia, cuando la división de las gentes en la torre que allí fundaban los descendientes de Noé, o cuando los hijos de Israel entraron en la tierra de promisión, o que vinieron de tierra de Siquem, y que lo que más parece cuadrar y conformar con el nombre es lo de Siquem, aunque las letras están corruptas, como es común y ordinario, como parece en Cuauhnauac que los españoles llaman Cuernavaca, y en otros muchos nombres, y que no hay quien dude venir de los hijos de Noé... (8).

Sea de ello lo que fuera, los informantes discrepan en cuanto al origen y entrada de esta gente en el Valle. Así dice que, «un viejo principal de Tlezcuco... que le satisfizo más que otros», le contó

... que habían venido de lejanas tierras, en doce o trece capitánías, y unos se adelantaron y anduvieron más que otros, y que llegaron primero los chichimecas a tierra de Tlezcuco y la habitaron y vivían en chozas o en cuevas, y que no sembraban ni cocían ni asaban la carne que comían, hasta que después vinieron otras gentes que llamaron culhua, y que de ellos tomaron el sembrar y el cocer y asar la carne, y que después los mexicanos trajeron los ídolos, y que antes no tenían los chichimecas sacrificios, y que (los) chichimecas cundieron y poblaron la tierra, y que eran muy diestros de arco y flecha como ahora lo son, tanto que si tiran a un venado o a un ave o a otra cosa al ojo y le dan en la frente, no lo tiene por buen tiro, y los hay en diversas partes y viven en la caza y andan desnudos como salvajes» (9).

Por ello, afirmaban los de Tezcoco «ser ellos los primeros

(7) *Ibidem*, I, 15.

(8) *Ibidem*. I, 2.

(9) *Ibidem*.

pobladores de aquella tierra y ser chichimecas» (10). Sin embargo, le dijeron también:

que procedían de un hombre que nació en tierra de Aculma, que está cinco leguas de México y dos de Tlezcucu, que se decía Aculmizth y que de ésta tomó el nombre el pueblo.

Otra versión, tomada ésta de una pintura, hace que los primeros pobladores de Anáhuac provengan

de una cueva o pueblo llamado Chicomostotl, que quiere decir «siete cuevas», que está hacia la tierra de Jalisco, y que poco a poco vinieron poblando y tomando sus nombres conforme a los sitios o tierras que habitaban (11).

Tenemos pues, a pesar de las distintas versiones, tres oleadas sucesivas de invasores: chichimecas, culhuas y mexicanos, de los que se asienta que «trajeron los ídolos», pues los chichimecas desconocían los sacrificios. Con ello entramos en el terreno de la

## 2. Religión

Olmos y todos sus contemporáneos, como herederos de una tradición más vieja aún que el propio cristianismo, consideraron que las religiones prehispánicas no eran, ni podían ser, otra cosa que invención del demonio, «que tenía ciegas a aquellas gentes, atónitas y engañadas» (12). De ahí los horribles sacrificios celebrados por quienes más que sacerdotes eran «carniceros» y la enorme crueldad de aquella gente para sí misma y para otros. Olmos no explica la causa del ascendiente del demonio sobre los naturales, aunque puede suponerse que nace del deseo de ver satisfechas necesidades comunes a todo el género humano, ya que dice que

oraban delante sus ídolos, no para pedir perdón de sus culpas, sino para que no supiesen, porque de ello no les viniese algún daño; y pedían buenos temporales... (13).

---

(10) *Ibidem*.

(11) *Ibidem*, I, 3.

(12) *Ibidem*, I, 1.

(13) *Ibidem*, I, 3.

llegando hasta el sacrificio de sus hijos ante el temor de una seca. También pedían buen éxito en la guerra, de donde les viniese prestigio y bienestar (14).

Como se advierte, estos textos de fray Andrés no ofrecen ninguna explicación de por qué todas estas «vanidades y supersticiones, que todas son cosas de burla, como inventadas por tan malo y perverso autor» (15), llevan sin embargo a costumbres religiosas admirables. Así —por asquerosos que fuese el aspecto exterior de aquellos sacerdotes, «negros y sucios que no se lavaban ni peinaban» (16)— habla de su devoción, recogimiento y castidad. De sus muchas horas de oración y ayuno y de las largas vigili­as, «sin tomar el sueño necesario para la vida humana» (17). Pero si los hombres cumplían sus votos —fueran perpetuos o por cuatro años— con mortificación notable, las mujeres no se quedaban atrás «y tenían su concierto en su manera y modo de vivir y mucho silencio y gran recogimiento y mortificación y siempre los ojos en la tierra» (18). ¡Extraño dominio diabólico éste, cuando produce vidas tan piadosas! Pero de nuevo, debo señalar que para Olmos esto no plantea problema alguno. Quizá porque considera evidente que el demonio —«mona de Dios», como le llamó algún grave Padre de la Iglesia— siempre imita o trata de imitar el culto que sólo se debe a Dios. De lo que sí habla es de los disfraces usados por el enemigo común del género humano para adueñarse de los naturales; unas veces como fantasma, otras como persona muy alta o como señor y, al parecer significativamente, también como mona (19).

Con todo, hubo hombres como los famosos reyes texcocanos que empezaron a sentirse insatisfechos de «aquellos que adoraban por dioses y que daban para ello muy vivas razones» (20) sin que fray Andrés las registre. Aunque más adelante (21), y sin mencionar ya a Nezahualcóyotl o a Nezahualpilli, diga «que algunos tenían que sus dioses eran puros hombres, puestos en el número de los dioses por algunas hazañas que habían hecho en vida»,

---

(14) *Ibidem*, I, 10.

(15) *Ibidem*, I, 1.

(16) *Ibidem*, I, 9.

(17) *Ibidem*, I, 3.

(18) *Ibidem*, I, 9.

(19) *Ibidem*, I, 10.

(20) *Ibidem*, I, 3.

(21) *Ibidem*, I, 10.

afirmación que ofrece a Zorita —no a Olmos— la oportunidad de disertar sobre la existencia de este mismo error entre los gentiles. También señala que otros hombres dudaban de que sus dioses lo fueran realmente, ya no por cuestiones de tipo teológico, sino muy humanamente por que «no les sucedían las cosas a su voluntad» (22).

### 3. *Usos y Costumbres*

Por último, en lo que se refiere a las costumbres, la información de Olmos es aún más escasa. Algo hay sobre la manera de impartir justicia, lo que le da oportunidad —lo mismo que la vida sacerdotal— para hacer hincapié en el rigor (Olmos lo llama «crueldad») de la vida indígena. Así, para obligar al criminal a decir verdad, los jueces lo hacían meter «en una jaula de palo y lo tenían allí hasta que confesase o muriese». Todo el que cometiera delito contra la república, lo mismo que quien fuese ya famoso como ladrón, tenía pena de muerte que recaía también sobre toda su parentela, salvo aquéllos que por estar lejos nada sabían del delito y sólo eran castigados con la esclavitud (23). Esta concepción de una culpa familiar se confirma más adelante cuando, al hablar de la esclavitud precisamente, asienta que si un esclavo se huía y no lo hallaban «tomaban por esclavos otros de sus parientes» (24). A pesar de este extremado rigor, Olmos asienta cuando menos un caso de misericordia, ya que afirma que en Atotonilco había un templo —aquí Zorita interpola rápidamente el paralelo con el mundo clásico— que ofrecía asilo a los malhechores que, al recogerse en él, quedaban libres.

Hay, por último, una breve mención de los usos matrimoniales. Según Olmos, los indígenas no «tenían por delito dejar a la mujer si no les agradaba o no se llevaban bien y tomar a otra como no tuviese marido» (25). Punto en el que, según nos dice Zorita, discrepó fray Toribio, quien averiguó que lo dicho por Olmos era una costumbre de pocos años atrás. Esta discrepancia de Motolinia me parece muy importante, pues creo que si se quiere llegar a alguna conclusión sobre el tipo de obra realizada por Olmos, el

---

(22) *Ibidem*

(23) *Ibidem*, II, 7.

(24) *Ibidem*, II, 10.

(25) *Ibidem*, II, 11.

único camino es la comparación entre ella y la de su sucesor inmediato que es justamente Motolinia.

Zorita —que hace un uso tan amplio del manuscrito de fray Toribio que transcribe capítulos enteros— parece haber sido de esta misma opinión, puesto que en el último párrafo del cap. 3 de la primera parte dice:

Fray Toribio Motolinia y fray Andrés de Olmos eran, como se ha dicho, de los más antiguos religiosos que habían en aquella tierra y muy buenas lenguas, y que tuvieron particular cuidado y diligencia en averiguar la descendencia de aquellas gentes y de los que poblaron aquella tierra, y en su tiempo estaban las pinturas de todo ello vivas y enteras, y alcanzaron muchos viejos muy ancianos que se las dieron a entender y de quien se pudieron informar de lo que se ha dicho. Y así por esto, como por ser ellos muy buenos religiosos, es razón que se les dé crédito, especialmente que en nada difieren el uno del otro, o si difieren algo, es muy poco y no en lo sustancial, y no es nuevo haber algunas cosas en que no conforman los historiadores, y adelante se dirán otras cosas que hacen a propósito de lo que se ha dicho.

No estoy de acuerdo con esta afirmación de Zorita. Las discrepancias me parecen importantes, ya que la mencionada brevemente al hablar del matrimonio indígena le planteó a fray Toribio nada menos que la duda acerca de «si había matrimonio entre aquellas gentes» y ésta «fue la causa para que se inquirese la verdad con más cuidado y se vino a alcanzar y saber cómo lo había, como (fray Toribio) largamente lo trata» (26). Así lo afirma Zorita y así fue en realidad como consta por los largos capítulos de la segunda parte de los *Memoriales* (27).

Pero más importante me parece la forma en que ambos frailes encaran su labor. Pueden seguir el mismo método y puede Motolinia hacer uso de la obra de Olmos para ampliarla o enmendarla —no en balde llegó primero a la nueva tierra—, pero lo cierto es que hay entre los dos una diferencia fundamental. Olmos (y no se olvide que juzgo a partir de los pasajes conservados por Zorita) se preocupa ante todo por reunir datos y rara vez intenta encontrar la conexión que hay entre ellos ni intenta

---

(26) *Ibidem*.

(27) Fray Toribio de BENAVENTE O MOTOLINIA, *Memoriales*, ed. preparada por Edmundo O'Gorman, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1971: caps. 5 *in fine*, 6, 7, 8 y 9, págs. 320-35.

llegar a una explicación. Recoge diligentemente la información necesaria para el conocimiento de esta gente y se preocupa por establecer su veracidad, pero no intenta explicar las causas posibles de estas extrañas costumbres, ni muchos menos encontrarles un sentido. De hecho, realiza su tarea en forma tan objetiva que resulta imposible no ya saber cuál era su opinión al respecto, pero ni aún la clase de hombre que era. Así puede decirse que de no ser porque Zorita inicia los párrafos en que recoge pasajes de la obra de Olmos con un: «fray Andrés dice», sería muy difícil saber que quien proporciona la información es un religioso. Salvo en el caso, ya mencionado, sobre el origen de los indios en la descendencia de Noé y la comparación entre los «tlenamacagues» y los nazareos (28), ni siquiera se encuentran las típicas alusiones bíblicas. Y creo que debe hacerse notar que el conocimiento de las escrituras que implican estos dos ejemplos estaban al alcance de cualquiera en el siglo XVI. Releyendo los pasajes de Olmos conservados por Zorita no se tiene la impresión de estar ante un evangelizador, sino ante un «científico», valga la expresión, que se limita a recopilar y comprobar hechos, pero a quien no le interesa plantearse el problema del sentido que puedan tener. Las cosas son así y eso basta.

Es más, quizá lo que más llama la atención es precisamente su completa incapacidad de asombro. En un momento en que todos los protagonistas de la historia tienen la clara conciencia del portento que les ha tocado vivir e intentar explicarlo mediante el recurso a viejas profecías o a claras intervenciones divinas, Olmos lanza una fría mirada a su alrededor y consigna —sin comentario alguno— aquellos datos que resultan útiles en su fin. Tan objetivos y escuetos son sus párrafos que ni aun Zorita —maestro en inteporaciones bíblicas, clásicas o meramente impertinentes— puede hacer más que transcribirlos.

En suma, Olmos no nos proporciona ninguna visión propia de la historia. Podemos suponer, desde luego, porque sabemos que era un fraile español del siglo XVI, que vería la historia como el lento despliegue del designio divino sobre los hombres, pero la verdad es que no nos ofrece datos para llegar a esta conclusión.

Los que vinieron tras él, Motolinia y Mendieta en particular, muestran en cambio una preocupación fundamental por encontrar el sentido no sólo de la historia indígena —esos largos siglos vividos bajo el señorío del demonio—, sino también de su propio quehacer.

---

(28) ZORITA, [4], I, 9.

Y ésta es, a mi parecer, la enorme diferencia entre el precursor y sus sucesores.

ELSA CECILIA FROST

Centro Coordinador y Difusor de  
Estudios Latinoamericanos. U. N. A. M. México